

XLI.

Desencanto.

Mauricio continuaba viendo todos los días á Luisa al dirigirse á la Academia.

Encontrar á la niña de D. Jorge era una necesidad de su alma.

Le parecía que el verla daba un día mas de vida á su razon.

En sus ojos tomaba el ánimo necesario para continuar su laborioso trabajo, y brillantes y serenos los veia en su imaginacion iluminando el cuadro que pintaba.

El amor de Mauricio era mas que amor, mas que adoracion, mas que idolatría. Era un sentimiento como no nacen nunca mas que en el alma de los poetas y de los artistas. Tocarla, le habria parecido una profanacion. Creerla mujer, un sacrilegio. Su cuerpo y sus facciones encantadoras eran para Mau-

ricio una forma de la ilusion que halagaba su propio pensamiento, pero á traves de esa forma veia otra cosa impalpable, etérea; un alma que ansiaba ver ligada con la suya; algo como un ángel del cielo, cuya belleza se adivinaba, pero cuyas alas no se podian tocar, cuya figura no se podia describir.

Ramon le decia que estaba loco. Mauricio le habia visto de una manera extraña, y no habia vuelto á contarle ninguna de sus impresiones.

Cuando Ramon le habia aconsejado que insistiera en sus pretensiones, y que ya que tan mal le habia salido su primera tentativa, abordara á la niña en la iglesia aprovechando el primer descuido de la mamá, Mauricio se habia encogido de hombros sin comprender una palabra.

Su amor habia tomado tales proporciones, que todo lo que tendiera á materializarle y á sacarle de la esfera de luz y de ilusiones en que vagaba, era incomprendible para nuestro pobre enamorado.

Pero esa situacion no podia prolongarse por mucho tiempo.

Habia exposicion en la Academia.

La gente llenaba los vastos salones del edificio, y cada cual daba su voto, mas ó ménos acertado, sobre los cuadros que habia en la sala de pintura.

Allí estaban los cuadros de Mauricio; y como de un pobre alumno sin nombre y sin fortuna, se hallaban en un sitio en que la luz no los favorecia. Verdaderas obras maestras del arte, su colocacion no realzaba su mérito. Sin embargo, dos de sus cuadros originales, el de que hemos hablado en nuestro capítulo anterior, y los retratos de D. Jorge y su hija, llamaban la atencion del público, y muy especialmente la de los inteligentes.

D. Jorge y su familia fueron, como otros muchos, á la Academia, y al pasar frente á los cuadros de Mauricio, Doña Luisa dió un grito de sorpresa que llamó la atencion de su esposo

y de su hija, los que á su vez se quedaron admirados al fijar los ojos en el cuadro que tan bien los representaba.

—¡Cosa mas extraña! dijo Doña Luisa—¿cómo no me habias dicho que te habias mandado retratar con Luisa?

—Yo!—contestó D. Jorge asombrado—ni lo he pensado.

—Pues sea como fuere, ahí están ustedes hablando; acaso quisiste darme una sorpresa, picaruelo.

—No hija, te aseguro que no; yo estoy tan admirado de esto como tú misma puedes estarlo.

—Qué bien está mi papá—decia Luisa—yo quiero que compres ese cuadro.

El señor Franco, deseoso de aclarar aquel misterio y de complacer á su hija, se acercó al empleado que vendia catálogos á la entrada de la sala, y compró uno, en el que buscó afanosamente el número del cuadro. Leyó lo que sigue:

Número 176.—El padre y la hija.—Cuadro original del alumno Mauricio Gonzaga.

—¿Podrán venderme este cuadro?—preguntó al empleado.

—¿Tiene una *v* la nota?

—Nó, señor.

—Entonces no está de venta.

—Debo decir á usted que es mi retrato y el de mi hija.

El empleado se encogió de hombros, como diciendo:

—¿Y á mí qué me importa?

—¿Podria usted decirme quién es el autor?

—Lo dice el catálogo.

—No quiero saber el nombre, sino ver á la persona.

—Debe andar por ahí con sus compañeros; es un muchacho que tiene una cicatriz en la frente.

El señor Franco se echó á buscar á Mauricio, y no le costó gran trabajo encontrarle; se hallaba en la misma sala, de pié en un extremo de ella, pálido y temblando y sin acertar á

dar un solo paso. Su primer impulso, al ver que la familia del señor Franco se detenía ante sus cuadros y se fijaba en el que representaba á Luisa y á don Jorge, habia sido huir; pero parecia que una fuerza superior le impedia hacer uso de sus movimientos, y permaneció clavado en su lugar. Creia estar soñando.

—Amiguito—le dijo don Jorge acercándose á él—¿es usted el autor del cuadro número 176?

—Servidor de usted—contestó á media voz Mauricio, temblando de los pies á la cabeza y con los labios completamente secos.

—¿Y podria usted decirme por qué se ha permitido retratarnos á mi hija y á mí sin nuestro consentimiento?

Mauricio no sabia que responder.

Por fortuna, Ramon estaba á su lado, y á pesar de lo mal que habia dado en tratarle su amigo, como que tenia buen corazon, no quiso dejarle en el atolladero sin darle la mano para salir de él.

—La cosa es muy sencilla, señor—dijo interponiéndose—casi todos nosotros encontramos á usted por las mañanas con la señorita, y hemos apostado á quien los sacaria mejor; y como Mauricio es el que mas sabe de nosotros, ha ganado como usted ve y presenta su cuadro en la exposicion. Cuando se tiene el talento de mi amigo y su brillante imaginacion, no hay que pedirles permiso á las personas ni que molestarlas para hacer sus retratos; con verlas basta.

—Es que á mí no me acomoda.....

—Pues me gusta!..... cuando debia usted estarnos agradecido y especialmente á Mauricio porque ha hecho de usted y de la señorita su hija un cuadro que es una obra maestra, se nos la viene echando de enojado. Si no le acomoda que le vean métase tras de celosías.

—¡Insolente!—dijo don Jorge levantando el baston para pe-

garle á Ramon. Pero este, que era vivo y tenia fuerzas, contuvo el brazo del padre de Luisa y se apoderó en el aire del baston.

—¡Calle!—dijo el amigo de Mauricio—con que de este modo paga usted á un artista el que le haya hecho el honor de retratarle? Pues conmigo se pega usted chaseo; porque me llamo *no me dejo* y Mauricio está bajo mi proteccion.

—Me quejaré al director.

—Haga usted lo que guste.

Los dos interlocutores habian levantado gradualmente la voz hasta el extremo de llamar la atencion de todos los concurrentes, que habian formado círculo á su derredor. La señora Franco y su hija se habian acercado tambien.

—¿Qué sucede, hijo?—habia preguntado la señora.

—Que este bribon.....—contestó lleno de rabia el señor Franco.

—¿Qué sucede?—interrumpió Ramon—que el señor su esposo de usted se permite reclamarle á mi amigo porque le ha hecho la honra de pintarle y tenido el honor de retratar á la señorita su hija, cuando debia estarle agradecido.

Mauricio, durante toda esta desagradable escena, habia permanecido con los ojos bajos, pálido y temblando, y parecia que iba á desvanecerse. Cuando la señora Franco y su hija se acercaron habria querido desaparecer bajo el piso de la sala.

—No vale la pena de incomodarse—dijo la señora á su esposo—pregunta cuánto vale el cuadro y cómprale; le han de haber hecho para ganar dinero.

Mauricio sintió como un hierro frio que le atravesaba el corazon, y pensó morir cuando Luisa agregó:

—Sí, papá, no te incomodes; vale mas que le des al pintor lo que te pida por él y con eso basta.

—Señorita—dijo entónces Ramon dirigiéndose á Luisa—

hay ciertas cosas que no se pagan con dinero. Mi amigo no ha pintado ese cuadro por ganar algo, sino por simpatía y para conservarle. Le ha expuesto aquí porque nosotros se lo hemos exigido, creyéndolo útil para su fama; pero una vez que á usted le disgusta que le haya hecho, tengo la honra de suplicarle á usted á nombre de mi amigo tenga la bondad de aceptarle como un recuerdo suyo.

Luisa volvió los ojos hácia donde se hallaba Mauricio.

—Ay, papá—dijo candorosamente—si es el de la cortada!.....

Mauricio no podia ya estar en pié y se habia apoyado contra la pared; aquella escena le hacia daño.

Por fortuna, el director de la Academia, á quien el empleado que vendia los catálogos habia dado aviso de lo que pasaba, llegó al lugar de la escena.

—¿Qué pasa?—preguntó.

Ramon le refirió en breves palabras lo que sucedia.

El director, que era hombre de juicio y de buen sentido, reprendió á Ramon por haber provocado la ira de don Jorge, y suplicó á este que otra vez fuese mas moderado para tratar á las gentes en un paraje público, haciéndole comprender que Mauricio tenia el derecho y la libertad de retratar á cuantos quisiera, ya que el cielo le habia dotado de especial talento para ello; mucho mas cuando en el cuadro que habia provocado el enojo del señor Franco no habia nada que pudiera herir el amor propio mas exagerado.

Don Jorge, que á pesar de todo era hombre que cedia fácilmente á la razon, se disculpó con el director y le suplicó interpusiera su influjo con Mauricio para que le vendiera el cuadro.

Mauricio guardaba silencio, y parecia que iba á ponerse malo.

Ramón, á su nombre, ofreció de nuevo á Luisa el cuadro como un recuerdo del pintor; pero la niña, sin comprender todo el mal que hacia, contestó:

—No le quiero dado, sino comprado.

La señora Franco volvió entonces los ojos á Mauricio y vió el estado en que se hallaba. Su instinto de madre y de mujer no la engañó respecto de los sentimientos que agitaban el alma de Mauricio, y dirigiéndose á su hija, le dijo:

—Acepta.

—Señorita—decía entonces Ramon con tono de súplica—sea usted buena.

—¿Es acaso malo lo que he dicho?—preguntó Luisa—Mi mamá me ha advertido que no debo admitir nada de los hombres.

—Acepta—volvió á decir la señora Franco, que veía morir á Mauricio.

—Pero con su permiso—agregó la niña—tomo el cuadro, y les doy á usted y á su amigo las gracias.

—¡Gracias, señorita!—dijo entonces Mauricio atreviéndose á desplegar los labios—Gracias, señora!—agregó dirigiéndose á la señora Franco.

Pero el mal estaba ya hecho. El ángel se había convertido en mujer. La ilusión del pobre artista había tomado una forma á sus ojos, había hablado, y su primera palabra había ido á herirle directamente en el corazón.

Los verdaderos poetas y los verdaderos artistas no debían habitar en el mundo; sus almas son delicadas sensitivas que al menor contacto con la realidad de la vida se estremecen y mueren.

Mauricio salió de la Academia con el corazón desgarrado. Cuando entró á su modesto cuarto en casa de don Marcos, le encontró pobre, desnudo, vacío; había volado la ilusión que le

llenaba y le convertía en un cielo, y aquel cuarto tenía para Mauricio el aspecto de una habitación de la que acaban de sacar el cadáver de una persona amada:

Solo, triste, frío.